

Pasaron algunas semanas y entonces estalló la rebelión. Romodanowsky que había soltado a los desertores, pidió después su captura cuando ya se hallaban en sus regimientos cerca de Toropez (hoy ciudad del gobierno de Pskoff). Casi al mismo tiempo se publicó una orden para que los regimientos permanecieran en las ciudades de la frontera. Fueron sin embargo detenidos algunos de ellos porque no querían sujetarse a esta orden, aunque sus compañeros los pusieron luego en libertad. La entrega de los desertores fué denegada resueltamente. Romodanowsky, el menor, que había llegado con tropas para reducirles a la obediencia, no pudo lograr su objeto, y a pesar de haber dispuesto que se les pagase lo atrasado, no por eso cambió la situación. La excitación aumentaba cada vez más y los desertores hacían por su propia seguridad todo lo que podían para sobreexcitar a los demás, dando además lectura de la carta real ó fingida de la czarewna Sofia de que hablamos en otro lugar. Los rebeldes resolvieron en su virtud dirigirse a la capital, poner fuego al arrabal alemán, dar muerte a todos los extranjeros «porque eran un peligro para la fe ortodoxa,» pasar a cuchillo a todos los boyardos, amotinar a los cosacos del Don y colocar en el trono a Sofia. En caso de que esta se negase, pensarón ofrecer la corona al príncipe Golizyn que vivía en el destierro a causa de su benevolencia para con los Strelitzs. Una cosa se tenía por segura y era que los Strelitzs no llegarían a la capital, mientras viviese el Czar. Por esto y participando ellos de esta creencia, querían oponerse a todo trance a la llegada del Czar al imperio, y darle muerte, porque «creía a los alemanes y hacia causa común con ellos.»

El grueso de los rebeldes se adelantó poco a poco hacia la capital. Hubo un momento de serio peligro y la consternación fué general. Los ricos habitantes de Moscou escaparon con sus bienes. Cundió el desaliento entre los grandes, según frase de Gordon, y pedido el auxilio de éste, marchó con el jefe de las nuevas tropas el boyardo Schein a combatir a los Strelitzs.

En el camino supo Gordon que los rebeldes iban a ocupar el convento de Woskressensk, situado en las cercanías de Moscou; pero logró llegar antes que los Strelitzs y cortarles el camino del convento que hubiera podido transformarse en plaza fuerte. Gordon refiere en su diario los pormenores de estos sucesos; y las comunicaciones verbales que tuvo con Korb, el cual las utilizó para su «Diario,» completan la narración del de Gordon. De esta manera tenemos un cuadro completo de esta pequeña campaña que demuestra que los Strelitzs no eran valientes militares y que no se hallaban en el caso de poder medir sus fuerzas con las nuevas tropas que mandaban oficiales extranjeros.

Es curioso que negociaran con los rebeldes antes de dar combate alguno decisivo. El mismo Gordon fué varias veces a su campamento a exponerles lo insensato de su empresa y con ánimo de reducirles a la obediencia. La falta de instrucción y de disciplina militar hizo que los Strelitzs no comprendiesen su situación y que el tiempo que se ganaba con las negociaciones fuera solo favorable para las nuevas tropas, dando lugar a que Gordon, y el oficial de artillería, Krake, de origen austriaco, aprovecharan todas las ventajas del terreno y tomasen posiciones que hicieran segura la victoria.

En la mañana del 18 de junio debía decidirse la cuestión. Por última vez fué Gordon al campamento de los Strelitzs y desplegó toda su elocuencia para hacerles desistir de su vano propósito de ir sobre la capital. Mas todo fué en vano; todavía les concedió un cuarto de hora para que reflexionasen y al espirar éste se volvió a su campo. Mandóles después un parlamentario, el príncipe Kolzoff Masalsky, el cual tampoco logró nada. Entonces hizo Gordon

una salva de 25 cañonazos sobre las cabezas de los insurrectos y después comenzó el ataque en toda regla. La lucha duró apenas una hora. Una parte relativamente pequeña de los Strelitzs quedó fuera de combate; los demás huyeron en todas direcciones, pero casi todos fueron hechos prisioneros. Algunos fueron atormentados y ejecutados inmediatamente; a los demás les esperaba un procedimiento todavía más severo por parte del mismo Czar (1).

Las confesiones de los Strelitzs no comprometieron por el pronto a la czarewna Sofia; pero se supieron más detalles acerca de los motivos que tenían los Strelitzs para su descontento. Se quejaron de Lefort, del duro servicio, y de que la verdadera fe estaba amenazada por la obligación de cortarse la barba y por permitir que se fumara. Confesaron asimismo que habían tenido la intención de matar a los boyardos que componían el gobierno, Streschneff, Romodanowsky y Trojekuroff. Algunos pocos confesaron que los insurrectos habían pensado no ir a Moscou, y en su lugar ir a las ciudades situadas más al Sur, Sserpukoff ó Atula, para amotinar desde allí los regimientos estacionados cerca de Azof. Todos negaron la existencia de una carta de la princesa Sofia.

Pedro había recibido en Viena noticias de los sucesos por conducto de Romodanowsky; pero este no indicaba los motivos de la rebelión, ni señalaba la importancia del suceso. Pedro sin embargo comprendió en seguida su significación y escribió a Romodanowsky estas breves frases: «Decís que la semilla de Miloslawsky renace; os ruego que estéis firmes; no de otra manera puede apagarse el fuego. Aunque es lástima por causa de nuestro útil plan (de ir a Venecia), sin embargo estaré de vuelta más temprano de lo que vosotros suponéis» (2).

El Czar estaba indignado; comprendía lo importante y fatal de la lucha. Con el nombre de Miloslawsky relacionó la reacción contra sus planes. Podían esperarse medidas enérgicas. No en vano renunció a su viaje a Italia; quiso dirigir por sí mismo la información de aquellos sucesos, porque tenía que defender un interés personal, y debía investigar hasta en sus raíces el peligro que amenazaba a su Estado. Tomó a los Strelitzs como instrumentos de un partido con quien tenía que habérselas de una vez para siempre. Aborrecía a los Strelitzs como representantes de la reacción, de quienes nada podía esperarse, y esto mismo hacían los que participaban de sus opiniones. Cuando regresaba recibió una carta de Vinio en la cual le comunicaba que no se había escapado ninguno de los rebeldes. «Supongo, decía, que los ya ejecutados habitarán un local aparte en el infierno, porque Satanás podría temer que se rebelasen y le echaran de su imperio.»

Pedro llegó a su capital a fines de agosto, y a mediados de setiembre empezó la información que dirigió el mismo Czar, teniendo la intención de ser más severo que lo había sido en la causa anterior.

La manera de instruir el procedimiento criminal estaba prescrita por la práctica de muchos años. Pedro no añadió

(1) Véase el diario de Gordon, III, 192-203. Korb es quien suministra los principales datos. Véanse las listas de los que perecieron en la batalla, de los que fueron atormentados, ejecutados ó apaleados. Ustrialoff, III, 586-589. La batalla se libró cerca del convento de Woskressensk, unas siete millas al Sur de Moscou. En ella murieron en seguida, ó de resultas de las heridas, unos 70; fueron castigados unos 200; y 1,987 cayeron prisioneros, para ser ejecutados algunas semanas después a presencia del Czar. Los primeros interrogatorios no dieron resultados sobre la complicidad de la czarewna Sofia. Por desgracia no se ha conservado la carta de Gordon a Pedro, mencionada en su Diario, III, 200.

(2) La última observación se ha entendido a esta hora de otra manera; «seré más severo de lo que se espera.» Véase Szpolowieff, XIV, 275. El texto admite diferentes interpretaciones.

nada a los métodos empleados anteriormente para dar tormento a los Strelitzs; pero por el número de las víctimas, por el tormento más frecuentemente repetido y continuado, por la circunstancia de que varias mujeres fueron asimismo atormentadas del modo más cruel, aunque esto ya había sucedido antes como sucedió después, y finalmente por la presencia del Czar en aquellas crueles escenas, entendemos nosotros que el terrorismo excedió en aquella ocasión a toda medida acostumbrada en Rusia. Es verdad que tales fenómenos no eran nuevos en sí. En las rebeliones acaciaes durante el reinado del czar Alejo Micaelowitz, por ejemplo en el año 1662, fueron atormentados millares de hombres con fuego, apaleados, mutilados y maltratados hasta exhalar el último suspiro. Pero a nadie fué dado entonces el describir los detalles de aquellos sucesos tan gráficamente, ó pintarlos con los colores más vivos y en láminas, como lo hizo Korb en su obra en los años 1698 y 1699. Su escrito quedará para siempre como uno de los libros más patéticos por su descripción detallada y por la veracidad que le da su forma de diario. Pedro empleó solamente la práctica corriente para tales casos. No se presentó más cruel de lo que era el pueblo, cuyos representantes sufrieron entonces todos los tormentos y hasta la muerte, y el cual daba pruebas de más cruel que los mismos verdugos, faltándole solo ejercer el papel de estos como había sucedido por ejemplo en mayo de 1682.

Correspondía a la manera de ser de su gobierno, que era enteramente personal, el que Pedro se hallara presente a los interrogatorios y a las ejecuciones, que él mismo prescribiera el modo de hacerlos y el orden de las preguntas. El Czar que había manejado el hacha en la construcción de barcos, que había sido artillero en las batallas, que había examinado por sí mismo todas las cuestiones de legislación y administración, que había tenido la iniciativa en todas las cosas, debía encargarse también de las funciones de juez de instrucción en un proceso monstruo que tan de cerca tocaba a la existencia de su Estado. Solo así pudo llegar a hacer las veces de atormentador ó verdugo. Ahora estamos acostumbrados a que todo se haga a nombre del soberano apartando sin embargo de su personalidad el querer y el ejecutar individualmente actos tan téticos como aquellas informaciones criminales. Por esta razón nos parece tan desagradable el aspecto de un Czar que observa y aun dirige por sí y con la mayor atención los sucesos en la cámara del tormento y en el lugar de la ejecución. Pero el tiempo y las circunstancias, dada la individualidad de Pedro, demuestran que tomó parte activa en este procedimiento cual intrépido marino que dirige el timón de la nave vacilante por el borrasco mar, como él hizo algunas veces, ó cual hábil censor de la historia de la guerra de Suecia, que en fuerza de corregirla y aumentarla puede considerarse como suya, mientras que su secretario solo puso en limpio el manuscrito. Sobre Pedro recayó la responsabilidad de la dirección que diera a su Estado y a su pueblo, y su actividad y penetración de espíritu no halló rival entre aquellos que tomaron parte en la legislación, administración y justicia. Los hombres de su confianza, los representantes de su gobierno habían manifestado precisamente en aquella ocasión cierta debilidad é irresolución. Según él opinaba, no habían sabido apreciar lo bastante la significación de la rebelión de los Strelitzs, ni obrado con la energía y perseverancia necesarias. A la sazón se presentaba él mismo para demostrar cómo había de procederse con tales elementos opositoristas, cómo había de interrogarse, dar tormento y ejecutar. Comprendió como ninguno otro había comprendido, que se trataba del porvenir de Rusia; con todo el vigor de su persona, apoyado por el poder, exento por el momento del despotismo, se lanzó a la

lucha contra aquellas fuerzas tenebrosas que él mismo señalara como la «semilla» de Miloslawsky. Así, podía suceder fácilmente que el fallo del juez se convirtiera en medida severa, el castigo en un acto de venganza y que el Czar, olvidando su dignidad de soberano, manchara sus manos con la sangre de sus víctimas.

Que una figura tan titánica y de tan gigantescas proporciones como la de Pedro, excediéndose lo mismo en lo sublime que en lo burlesco y horrible, manifestara en tal ocasión tanto exceso de actividad y emplease medidas de tanto rigor y de dureza inexorable en los castigos, se explica tanto más, cuanto que estaban acostumbrados los rusos a todo este aparato en las causas criminales. El mejor conocedor de estos extremos, Kotoschichin, que describe con extensión los procedimientos de justicia criminal, escribía algunos años antes de la catástrofe de los Strelitzs que había en Moscou cincuenta verdugos que casi siempre estaban ocupados en el desempeño de su triste misión (1). En frente de tal situación parecemos que era menos monstruosa la de fines de 1698, cuyo enorme proceso dió materia para que funcionasen semanas enteras y durante varias horas del día catorce cámaras de tormento (2). Sin embargo, el procedimiento era extraordinariamente terrorífico. Las relaciones que nos suministran Korb, Guarient, Gordon y Sheliabushsky y los documentos reproducidos por Ustrialoff nos ofrecen un cuadro horroroso, análogo tan solo a las relaciones de lo que pasaba a veces en la China, Japon, Imperio de Birmania y otros de Oriente. Que estos martirios parecían aun entonces muy excesivos, a pesar de lo acostumbrados que eran en Rusia, se colige por el siguiente episodio, que nos comunica únicamente Korb. Según este refiere, el patriarca al tener noticia de los horribles tormentos que se daban en Preobraschensk, se presentó al Czar con una santa imagen implorándole más lenidad; pero el Czar, convencido de la necesidad de emplear un rigor extraordinario, se dirigió furioso al patriarca con estas palabras: «¿A qué vienes aquí con esa imagen? ¿Te lo exige acaso tu misión? Procura marchar pronto de aquí y llevar la imagen al puesto que su honor demanda. Sabe que no honro menos que tú a Dios y a su Santa Madre; pero mi primer deber y mi respeto a Dios me imponen la obligación de proteger a mi pueblo y castigar públicamente los crímenes que amenazan arruinar a la nación.»

También la razón de Estado, el sentimiento del deber y de la responsabilidad, el conocimiento del gran peligro que corría la sociedad, eran motivos para que el Czar empleara tanta severidad. Necesitaba entonces y aun a costa de tantos sacrificios, buscar el hilo secreto de la conjuración, y si acaso existía, descubrir los verdaderos autores.

No se puede decir que los esfuerzos empleados fuesen del todo satisfactorios. Se supo mucho del descontento general que había, motivado por el duro servicio de la guerra; del odio contra los extranjeros en general y contra Lefort en particular, y también de las intenciones de los Strelitzs de matar a los alemanes y a los boyardos, ó de elevar a Sofia al trono y en su defecto al czarewitz Alejo; pero no pudo descubrirse la participación de Sofia en aquel complot, por más que Pedro hizo una serie de preguntas a este propósito, y por más que él mismo dirigió los interrogatorios.

(1) Véase el libro sobre Rusia en el reinado de Alejo, segunda edición, pág. 94.

(2) Así cuenta Korb: Sheliabushsky habla de veinte cámaras de tormento, y Korb de treinta hogueras donde eran atormentados los criminales, etc. Véase Korb, 4 y 5 octubre y 17 y 31 de id., 1.º de noviembre, 4 de febrero de 1699. Además, las relaciones de Guarient en Ustrialoff, III, 627 y sig.

Aunque uno u otro de los desgraciados admitió, despues de repetidos tormentos, la existencia de la supuesta carta dirigida por Sofia á los Strelitzs, no debe darse gran importancia á confesiones arrancadas por tan horrosos medros. No cabe duda que existian ciertas relaciones entre Sofia y los descontentos; pero la poca confianza que nos merecen los documentos que acusan de cierta culpabilidad á la princesa, no nos permite fijar esta con mas precision. La misma Sofia negó haber dirigido carta alguna sediciosa á los rebeldes (1).

Así es que con verdad no puede acusarse á ningun partido político, á ningun personaje eminente de ser responsable de la rebelion de los Strelitzs. Acaso el nombre de Sofia encerraba en sí un peligro; pero mayor le habia en el furor de las masas contra el Czar, que acometia grandes empresas y apreciaba tanto á los extranjeros, y contra los boyardos que hacian causa comun con el Czar para obligar al pueblo á la obediencia.

Era una situacion muy extraña. Pedro, supuesta la exactitud del episodio referido por Korb, creia obrar en interés del pueblo castigando á aquellos que en realidad eran los representantes de las ideas dominantes en el pueblo mismo. No hay noticias fidedignas que en conformidad con las relaciones de algunos extranjeros, demuestren que algunas personas de las clases elevadas fueran atormentadas y condenadas á muerte (2).

El número de los ejecutados en los meses de setiembre y octubre se elevó á mil, todos Strelitzs (ó personas de inferior categoría y tambien algunos clérigos cuya participacion consistió en haber dispuesto una funcion religiosa inmediatamente antes de la batalla de Woskressensk é implorado la victoria de los rebeldes). Estos fueron tratados con toda crueldad (3). Algunos centenares de criminales sufrieron la muerte en febrero.

Si Pedro ayudó con su propia mano las ejecuciones, no es cuestion fácil de resolver. Guarient y Korb no fueron testigos oculares y lo que refieren lo oyeron á otros; y en las relaciones de estos, tampoco bien informados, entre los cuales podemos citar á Sheliabushsky, y algunos amigos del Czar como Gordon, no se habla de tal cosa. No podemos por tanto, juzgar la acusacion dirigida contra Pedro; á saber, que ejerció el oficio de verdugo, como lo han afirmado Ustrialoff, Posselt y Sadler (4).

No debe sorprendernos que la noticia de las ejecuciones causara horror en la Europa occidental. Ya hemos visto mas arriba, al hablar del viaje de Pedro, que en el juicio del obispo Burnet á propósito del Czar, influyó mucho la noticia de los horrosos de aquel tiempo. Tambien Leibnitz expresó su indignacion acerca de estos sucesos, y habiendo leído una copia de la relacion de Guarient sobre este punto, escribió al burgomaestre Witsen: «El czar Pedro es sin duda un gran príncipe, y es una desgracia que los disturbios de su nacion le induzcan á practicar tan horribles ejecuciones.

(1) Véanse los extractos de las actas en Ustrialoff, III, cap. 8. Ssolowjeff y Ustrialoff no dudan de la existencia de la carta sediciosa. Aristoff defiende á Sofia, si bien con lógica algo rara, y la declara enteramente inocente, pág. 155, 158.

(2) Pleyer escribia el 10 de diciembre de 1698: «La inquisicion sigue su marcha, y las confesiones arrancadas se extienden no solo á personas insignificantes, sino á grandes señores y boyardos, de los cuales algunos han sido atormentados en esta semana.» De igual manera, Perry, página 290.

(3) Sin razon alguna atribuye Bernhardt, II, 6 y 7, al clero la responsabilidad de la rebelion de los Strelitzs.

(4) Véase Ustrialoff, III, 407; Posselt, I, 570; Sadler, Pedro el Grande como hombre y soberano, San Petersburgo 1872, pág. 245; algunos datos en Kelch, II, 63, de los cuales deducimos que en la Livonia creyeron en las funciones de Pedro como verdugo.

Escriben, que así los magnates mas distinguidos como los eclesiásticos y seglares, estaban obligados á ayudar con su propia mano en las ejecuciones de algunos criminales. Esta es una costumbre que recuerda á los escitas y me admiro de que el clero de Rusia se rebaje de esa suerte. Esto podría pasar todavia, pero temo que tantas ejecuciones en vez de quebrantar el espíritu revolucionario le aumenten cada vez mas como por contagio. Los hijos, parientes y amigos de los ejecutados están ofendidos profundamente, y la máxima *oderint dum metuant* es muy peligrosa. Mucho deseo que Dios conserve á este príncipe y que su sucesor lleve á cabo su obra comenzada de civilizar á la nacion.» Witsen trató de tranquilizar á Leibnitz en lo tocante á las consecuencias de la crueldad de Pedro. «De parte de los parientes de los ejecutados, escribia, no hay nada que temer; pues hay allí la costumbre de enviar á la Siberia y á otras regiones mas remotas á las mujeres, hijos y parientes de los condenados á muerte.»

Tratábase de saber si extendiendo el castigo á los parientes de los culpables aumentaría mas la general excitacion, y Gordon hace una observacion conmovedora en su diario de 14 de noviembre de 1698: «Se dió orden de no recibir á ninguna mujer ni ningun hijo de los Strelitzs ejecutados.» Pues bien, despues que fueron ejecutados de 1,000 á 2,000 de estos de la manera mas horrosa, millares de sus parientes fueron proscritos y reducidos á la extrema miseria. Así se vió que aumentaba el número de los adictos á la rebelion.

Para varios de los acusados duró todavia el proceso cerca de dos años; y aun en el año 1707 fué ejecutado uno de los que estaban mas comprometidos (5).

Tambien en otros puntos hubo excitacion en los círculos de los Strelitzs. En Azof se hallaban seis regimientos, entre los cuales causó grande agitacion la derrota de sus compañeros cerca del convento de Woskressensk y las ejecuciones que la siguieron. Los Strelitzs de Azof manifestaron su esperanza de que Pedro no volvería á Rusia y en cambio volverian los tiempos de Stenka Rasin. Tambien decian que se debía amotinar á todos los cosacos del Sudeste del imperio, ir á Moscou y pasar á cuchillo á los oficiales y empleados, á los boyardos y á los extranjeros. Vivian todavia personas de las que habian combatido bajo el estandarte de Rasin y que con entusiasmo recordaban los resultados alcanzados entonces, el botin que hicieron, y las heroicas hazañas de su jefe que fué ejecutado en 1671. Se quejaron de los boyardos diciendo que se quedaban con la paga del ejército, que maltrataban á los soldados y los abrumaban de trabajo; y creyendo hallarse en una situacion desesperada se expresaban en la forma siguiente: «En Moscou están los boyardos, en

(5) Un Strelitz llamado Massloff. Sirva su causa de ejemplo del procedimiento entonces empleado y de la falta de valor de las confesiones hechas por el desgraciado; así que á pesar de los muchos documentos, no es fácil resolver la cuestion acerca de la complicidad de Sofia. En setiembre de 1698 dijo Massloff en el tormento que habia tenido en sus manos y destruido despues la carta de la Czarewna, y el 30 de enero de 1700 afirmó haber dado el original de dicha carta á su pariente Shukoff, ciudadano de Toropez. Este fué preso con todos los suyos, pero negó haberla recibido. En el tercer tormento sostuvo que habia recibido la carta y arrojádola luego al Dvina. En otros tormentos negó otra vez esta última confesion, resultando que era inexacto lo que aseguraba Massloff ó lo que decia Shukoff. El primero fué atormentado seis veces; dos colgado de los brazos hasta ceñer sus articulaciones, y recibió 97 golpes de knut. Shukoff fué atormentado siete veces; cuatro colgado de los brazos, quemado con un tizon de leña ardiendo, y recibió 99 golpes de knut. Advuértase que uno de estos es suficiente segun las circunstancias para dar muerte á un hombre. Shukoff fué desterrado con toda su familia á la Siberia. Tal es la indole de los documentos sobre los cuales ha de reconstruirse la verdad de los hechos. Téngase además en cuenta que en aquel tiempo abundaban las denuncias inexactas, debidas á los procedimientos criminales. Véanse los extractos de las actas en Ustrialoff, III, 241-242.

Azof los alemanes (es decir, los oficiales extranjeros), en el agua los demonios y en la tierra los gusanos.» El furor se dirigia principalmente contra Schein, que habia tenido el mando en jefe de las tropas que habian derrotado á los Strelitzs en Woskressensk, y contra los boyardos, porque, con razon ó sin ella, se creia que se habian mostrado avaros y cometido defraudaciones en la provision de los regimientos. En los círculos de los rebeldes se levantaron nuevos rumores sobre la muerte de Pedro en el extranjero, y sobre si los boyardos habian querido dar muerte al czarewitz Alejo. Allí hubo tambien prisiones, tormentos y ejecuciones en gran número.

La noticia de las medidas terroristas de Pedro, debió de aumentar la excitacion en los ánimos. En las diferentes ciudades del imperio habia Strelitzs, que dejaron traslucir que no olvidarian tan fácilmente la manera de obrar del Czar. Uno de ellos que estaba de guarnicion en Bjelgorod dijo: «Se ha dado muerte á muchos de los nuestros y se ha desterrado á otros á la Siberia; pero todavia somos muchos. Todavía enseñaremos los dientes en Moscou, y aquel que nos ha atormentado y condenado á morir caerá pronto en nuestras manos y le daremos muerte.»

Debía acabarse de una vez para siempre con los genizaros rusos, á quienes, por juzgarlos peligrosos para el Estado, se les habia alejado de la capital á principios de 1697 y condenado á los duros trabajos de la guerra. A la sazón se iba á ir mas lejos. Por un ukase de junio de 1699 fueron disueltos los 16 regimientos que quedaban de Strelitzs, no pudiendo quedar en la capital ninguno de ellos ni de sus partidarios. Se les habia prohibido antes el llevar armas, y no podian entrar nunca al servicio militar por temor al contagio de su espíritu sedicioso, y el que sin embargo de esto hizo la tentativa de sentar plaza valiéndose de un nombre supuesto, fué condenado á trabajos forzados (1).

Tambien á la princesa Sofia se le ajustaron las cuentas. Dicen los contemporáneos que la cólera de Pedro contra su hermana no conocia limites, y el embajador imperial Guarient escribia diciendo: que estaba tan indignado contra su hermana, que ya habia pronunciado la sentencia irrevocable, segun la cual Pedro daría muerte por sí mismo á Sofia en un cadalso público que habia de erigirse exclusivamente para este fin. Muchas veces se ha referido este cuento y hasta se le ha revestido de varias circunstancias. Unas veces se dijo que Lefort habia disuadido al Czar de su propósito de ejecutar ó de mandar ejecutar á su hermana Sofia, y otras se contaba una novelesca historia, segun la cual Sofia debió su salvacion á una jóven de doce años, etcétera (2).

Korb observa que Pedro habia resuelto convocar una asamblea el 11 de octubre de 1698, compuesta de representantes de los diferentes Estados, con la mision de oír á la princesa y determinar el grado de culpabilidad que tenia, fijando su condigno castigo (3). Nada sabemos por otro conducto acerca de esta asamblea.

Lo cierto de esto es que Sofia se vió obligada á tomar el velo. Segun los datos cronológicos consignados en la losa de su sepulcro, tuvo efecto la ceremonia el 21 de octubre de 1698. Sofia quedó en el convento con el nombre de Sor Susana. Delante de las puertas de su convento hubo siempre una

(1) Varios ukases en la Coleccion completa de leyes, III, n.º 1,667, IV, 1820, 1859 y 1979. Cuando la guerra del Norte se formaron algunos regimientos con los Strelitzs de antes, pero fueron empleados principalmente en Polonia y puestos bajo la mas severa disciplina como los demás soldados. A los demás Strelitzs se les confirieron algunos cargos de policia en varias ciudades. Ustrialoff, III, 243-245.

(2) Véanse las anécdotas de Stählin (edicion rusa) de 1830, n.º 111.

(3) Véanse los detalles en Korb: *Concussit hodie Tsarus ex...* etc.

guardia de 100 soldados con su comandante. Por una carta que escribió el Czar al príncipe Romodanowsky se sabe que se dieron algunas disposiciones sobre las visitas que podia recibir la hermana de Pedro.

Sofia murió el 3 de julio de 1704 y fué enterrada en el convento que le habia servido de prision por mas de cinco años (4).

Otra hermana de Pedro, Marfa, que habia tenido relaciones con los Strelitzs, fué tambien encerrada en un convento, recibiendo el nombre de Margarita. Vivió en el convento de Uspensky, en la ciudad que lleva hoy el nombre de Alexandroff en el gobierno de Vladimir, y allí murió en el año de 1707 (5).

La lucha por el trono que habia empezado en 1682 terminó con la catástrofe de los Strelitzs y muerte de Sofia: Pedro habia triunfado. De parte de Sofia y de sus aliados los genizaros rusos ya no habia peligro que temer; pero aun habia que librar mas de un combate contra los elementos refractarios. Si el Czar no fué popular durante el tiempo del terror, esto es, desde setiembre 1698 hasta febrero de 1699, menos lo habia de ser despues á causa de los horrosos sucesos que ocurrieron. Los cadáveres de los ejecutados estuvieron meses enteros pendientes de las horcas y en los cadalsos, testimonio elocuente de lo que el pueblo podia esperar del Czar si no se sujetaba incondicionalmente á su voluntad, ó si se oponía á sus reformas.

Aunque no hubo nuevas y peligrosas crisis en la capital, habia sin embargo mucha materia inflamable en varias partes del imperio, y muchos descontentos en todas las clases sociales. los cuales, ó urdian conjuraciones secretas ó desahogaban su cólera desatándose en injurias contra el Czar, ó bien pasando de las palabras á los hechos se resolvian á intentar una rebelion franca y pública. El trabajo en las cámaras de tormento y en los cadalsos aun habia de durar largo tiempo. No era dudoso de parte de quién estaria la victoria mientras que Pedro viviera; pero no la podría obtener sino á costa de torrentes de sangre y del aborrecimiento de su pueblo.

CAPITULO III

OPOSICION GENERAL

Muy pocas noticias tenemos sobre la impresion que causó en las masas la catástrofe de los Strelitzs; pero de todos modos podemos deducir que las simpatías del pueblo estaban de parte de los condenados, ejecutados y proscritos. Extranjeros como Leibnitz y Korb lamentaron la simpatía del pueblo con la rebelion, poniéndose de esta manera de parte del Czar. Pero los rusos estaban indignados contra su terrible soberano, y el sentimiento de venganza estaba siempre vivo en la conciencia del pueblo. No se oyó grito alguno de indignacion ó de furor, porque el poder momentáneo descansaba en manos de Pedro y porque tenia á su disposicion todo el aparato de un ejército bien disciplinado mandado por extranjeros, que le servia de instrumento de tormento y de ejecucion. Mas no faltaron quejas secretas, amenazas y maldiciones. La circunstancia de haber siempre denunciadores en el pueblo dispuestos á delatar á sus mas cercanos parientes y aun á llevarlos al potro, nos da motivo para poder echar una ojeada sobre aquel abismo de odio y de rencor, abierto á la vista

(4) Véase en Ustrialoff, IV, II, 313, la carta de Romodanowsky á Pedro acerca de la muerte de la princesa. El epitafio en Ustrialoff, III, 407.

(5) Véanse los detalles en Ustrialoff, III, 237 y 408. El dia en que recibió el hábito fué el 12 de noviembre de 1698. Véase Korb.